

Bayas negras y brillosas

Penélope era una niña muy alegre, curiosa, y con un gran deseo de aventura.

Un caluroso y soleado día, se despertó muy feliz. Estaba esperando este día, y los días que lo seguirían. Era época de cosecha, cuando los árboles daban sus deliciosos frutos y los arbustos estaban vivos de color y cubiertos de jugosas bayas. ¡Todo era hermoso! Y hoy era el día en que comenzarían la divertida tarea de recoger fruta y bayas en el bosque cerca de allí.

Durante algunas semanas previas, sus amigas y ella habían trabajado mucho tejiendo nuevos canastos en preparación para esta época. Cada año se preparaban de esa manera, siempre con la vista puesta en el siguiente otoño. Los niños de la aldea acompañaban a los hombres a cazar y también se dedicaban a colectar miel de los panales de abejas. Las niñas buscaban comida y también ayudaban a sus madres a cocinar, a secar y guardar en conserva parte de la fruta que recolectaban, para tener durante los siguientes meses.



—Vengan, niños. Vamos a lavarnos al río y prepararnos para el gran día que tendremos hoy —dijo la madre de Penélope, mientras los niños salían de su cama y corrían hacia la orilla del río.

Así era su rutina diaria, pero rara vez lo hacían con el mismo entusiasmo con que lo hicieron ese día. Tomaron su desayuno y realizaron con rapidez sus tareas, ansiosos por comenzar con el trabajo.

La plaza de la aldea consistía de un pequeño monumento hecho de piedra y había algunas rocas que cercaban unas plantas y flores. Penélope se reunió con sus amigas allí. Cada una trajo su preciada colección de nuevos canastos recién tejidos. Después de un rápido saludo, se dirigieron a un área donde había gran abundancia de árboles frutales y arbustos llenos de bayas.

—Yo comenzaré aquí —dijo una de las niñas.

—Y yo por aquí —agregó otra.

Todas se dirigieron hacia distintos árboles o arbustos, y comenzaron la tarea con diligencia.





—Yo empezaré con las bayas —se dijo a sí misma Penélope, mientras se dirigía hacia los arbustos que se esparcían hasta donde alcanzaba su vista.

Algunos frutos rojos se podían comer, pero había otros que su madre le había dicho que no se podían comer. Algunas de las plantas, bayas y frutas de por allí eran venenosas, y otras simplemente no tenían buen sabor. Al comienzo, la mamá de Penélope solía acompañarlas a ella y a sus hermanas y les mostraba qué frutos debían recoger y cuáles no. Pero ahora que eran mayorcitas, su madre confiaba en que ya podían hacer esa tarea solas.

La mamá le había dicho que la mayoría de las bayas eran buenas, pero que había una en particular muy negra y brillante que jamás debían comerla. Penélope se preguntó varias veces qué gusto tendrían esas bayas, y pensó que si probaba una no le haría ningún daño.





Penélope estaba juntando todas las bayas buenas que encontraba, cuando de pronto se topó con un arbusto de bayas de las que su mamá le había advertido que no comiese.

¿Y si pruebo una?, pensó. Mamá nunca se enterará. Se ven deliciosas, y cada año me veo tentada a probarlas. Tal vez nunca nadie las probó y nos estamos perdiendo una deliciosa fruta. Parecen muy ricas...

Tomó una de las bayas, la estudió un momento y se la llevó a la boca. No sabía tan mal. Penélope decidió comerse otra, y otra y otra. No le contó a ninguna de sus amigas lo que había hecho.

Luego de una larga y divertida jornada, poco antes que el sol se pusiera, emprendieron el regreso a casa. Pero esta vez, sin embargo, Penélope empezó a sentirse bastante mal. *Creo que no debí haber comido esas bayas, pensó. Me siento muy mal, y pareciera que esto empeora. ¿Qué le voy a decir a mamá?*



—Madre —dijo Penélope sin pensarlo apenas atravesó la puerta—. Sé que no debía haberlo hecho, pero comí unas cuantas de las bayas que nos advertiste que no probáramos. ¡Ahora me siento terrible! Y me arrepiento de haberlas comido.

—Ay Dios —dijo la mamá, con preocupación—. Me alegro que me lo hayas dicho, pero lamento que no te estés sintiendo bien. Esas bayas son conocidas por el dolor de estómago que causan.

Penélope siguió muy mal del estómago durante los siguientes días, y se perdió unas cuantas comidas deliciosas que la madre preparó para la familia. Además se perdió el comienzo de la época de cosecha que con tanta ansiedad había esperado.

Penélope se mejoró y además aprendió una lección.

Al año siguiente, cuando nuevamente llegó la época de la cosecha, Penélope les mostraba a sus hermanas el tipo de arbusto de los que se debían mantener alejadas, y les contaba lo que le había pasado a ella.

